

estudio para la defensa de

DEMUS

los derechos de la mujer

**Violencia en relaciones
de pareja: una búsqueda
en la subjetividad de
las mujeres**

Marisol Vega

Con comentarios de:

Sabina Deza

Marga Stahr

María Esther Hamann



taller salud, Inc.

P.O. Box 192172

San Juan, P.R. 00919-2172

Violencia en el ámbito
de la familia y la
comunidad
de Lima

Marisa Godínez
Con comentarios de:
Sandra Díaz
María Ester Hornos

Editorial S.A.



Diseño y diagramación: Marisa Godínez.
Producción gráfica: F&F Editorial E.I.R.L.
Lima, julio de 1995.

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo económico de la fundación holandesa CEBEMO y la fundación alemana EZE.

Indice

I.	Presentación	5
II.	Introducción	7
III.	Taller	9
IV.	Comentarios	19

Presentación

I

Fueron varios los factores que en DEMUS nos llevaron a plantear y desarrollar los talleres de reflexión con mujeres, como proyecto piloto: el interés y preocupación por una perspectiva integral en el trabajo con mujeres inmersas en situaciones de violencia, que permita dotarlas de mayores elementos y puntos de apoyo; la complejidad del problema de la violencia en las relaciones de pareja y la necesidad de crear espacios que, independientes de la dinámica del servicio legal, propicien la reflexión para un mayor conocimiento de la misma; la permanente constatación de que la solución legal del conflicto no resuelve el problema vital de las mujeres, evidenciando los límites de nuestro sistema jurídico en el tratamiento de problemas humanos.

El primer taller estuvo a cargo de Marisol Vega Ganoza, quien nos muestra a través de esta sistematización cómo la violencia actúa en la vida cotidiana de las mujeres afectando su autoestima, autonomía e independencia y cómo ellas la reproducen. Asimismo, nos advierte sobre la urgencia de trabajar a nivel de la subjetividad de las personas sin limitarnos a la esfera social. Marisol Vega parte del testimonio vivo de las mujeres para proponer una reflexión y un análisis particularmente ricos, que señalan nuevas pistas de investigación en materia de violencia de género en el ámbito de la

familia. De otro lado, los comentarios de Sabina Deza, Marga Stahr y María Esther Hamann, vertidos en el conversatorio en el que fueron debatidos los resultados del taller, convierten este cuaderno de trabajo en un referente importante para quienes quieran profundizar en el tema.

El desarrollo de este taller significó, para "las señoras", un espacio confiable de encuentro con otras mujeres con experiencias comunes de violencia, con las cuales reflexionaron sobre sus vidas, y, para el equipo de DEMUS, la posibilidad de trabajar el problema de violencia familiar desde una dimensión más integral. Así mismo propició el inicio de una discusión, también sobre la relación que establecen las profesionales con las mujeres víctimas de violencia y sobre como esta las afecta.

El presente documento constituye un intento de recuperar toda la riqueza de esa experiencia y compartirla con quienes, al igual que nosotras, se encuentran comprometidas en mejorar la condición y posición de las mujeres; con quienes, al igual que nosotras, se encuentran en una búsqueda permanente por humanizar el Derecho.

María Isabel Rosas Ballinas

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

...de la ...
...de la ...
...de la ...

Presentación

Introducción

El presente documento constituye la sistematización de una experiencia de trabajo psicológico realizado con un grupo de mujeres que llevan procesos judiciales con la asesoría de DEMUS. Con estas líneas, queremos continuar abriendo espacios de reflexión en torno a la dinámica de violencia en las relaciones humanas y, en particular, en torno a los vínculos marcados por relaciones de dominio entre un hombre y una mujer. Queremos referirnos, más que a los efectos que produce la violencia por maltrato físico y psicológico en las mujeres, a la experiencia subjetiva de la violencia de pareja en mujeres.

Nos parece importante insistir en este tema porque perturba procesos de desarrollo humano, de autonomía y emancipación. Consideramos necesario continuar evidenciando cómo se gesta la violencia, cómo se instala en el psiquismo de las personas y cómo se reproduce, articulando la dinámica social y el mundo interno de los seres humanos, la cultura y la naturaleza humana.

Para comprender la violencia que experimenta la mujer en el marco de su relación de pareja, no podemos obviar:

– Que ésta se da dentro de un marco de interacción de dos sujetos.

– Que en la naturaleza humana existe una pulsión agresiva indispensable para la realización de toda actividad y, en ese sentido, ayuda al enriquecimiento de la vida y el desarrollo de los seres humanos como individuos y como sociedad. Pero que también puede conducir a la desintegración, la destrucción y la muerte cuando se convierte en violencia. Que esta violencia

puede surgir de cualquier confrontación entre la naturaleza humana y la dinámica social (dos grandes fuentes de enfrentamiento).

– Que el uso que se hace del poder en las relaciones humanas da lugar a las relaciones de dominio, asimétricas y violentas, en las que se intenta resolver los conflictos de intereses de manera excluyente, en función de objetivos y beneficios privados.

Consideramos que hay violencia en las relaciones cuando un individuo o grupo de individuos quebrantan la integridad física, psicológica o social de otra persona o grupo. Cuando cualquier relación, condición o proceso es impuesto por alguien a un otro a quien daña.

Siguiendo a Dorey, consideramos que es en el campo de la intersubjetividad donde adquiere pleno sentido la imposición violenta en las relaciones, y a estas las llamamos relaciones de dominio. En todos los casos implica un ataque al otro en tanto sujeto que desea. El objetivo es el deseo del otro, precisamente porque le es ajeno. Con el dominio se intenta neutralizar el deseo del otro, reducir la diferencia, abolir toda especificidad. La idea es reducir al otro a la función y al estado de un objeto totalmente asimilable.

También, desde el lado del sujeto cuyo deseo se captura, puede ocurrir que haya una delegación o proyección de sus impulsos agresivos sobre el otro, al que hace actuar como el dominador.

¿Qué ocurre entonces al interior de una dinámica en donde coexisten el ejercicio de dominio y poder, comúnmente actuado por el hombre, y el ejercicio de delegación, con el significado que adquiere de “no po-

II

der", realizado por la mujer en las relaciones interpersonales?

Considerando que es en la subjetividad donde se encuentran acuñadas el conjunto de experiencias vividas, cada persona interioriza los modelos sociales y sus relaciones interpersonales. La cultura es el marco de referencia al cual se remite cada ser humano en su proceso de crecimiento y desarrollo, y esta es transmitida como modelo de socialización desde los comienzos de la vida de cada uno.

Es la cultura la que asigna de antemano un lugar según el género, clase social y raza a que se pertenezca, y la que se va internalizando en las experiencias intersubjetivas. De ahí que sean insuficientes los intentos de cambiar el lugar de subordinación que ocupa la mujer solamente en la esfera social. Es urgente comprender y actuar en el terreno de la subjetividad.

En los procesos de socialización a mujeres y hombres, desde niñas y niños se los educa y se los orienta a través de mensajes implícitos hacia lo que se considera atributos específicos de lo femenino y lo masculino. Las diferencias se hacen evidentes a través de las tareas que se les delega, de los valores que se les refuerza, de las

cualidades que se les estimula, de los temores que se les infunde y de los límites y presiones que se ejercen sobre ambos de manera diferenciada.

En el caso de los niños, comunmente se les alienta la curiosidad, se los anima a la exploración, a la conquista de nuevos terrenos, a parecer fuertes, a disponer de información, a competir, a ser agresivos, potentes y dominadores del medio.

En las niñas, se tiende a inhibir su curiosidad como una forma de preservarlas de los peligros de la vida, se las anima a vivir alerta a las necesidades de los otros, por lo general tienen menores estímulos sociales y se les inculca una vocación de servicio, abnegación y sometimiento.

A estas distintas formas de normar el comportamiento y de canalizar la agresividad en hombres y mujeres, y debido a los particulares procesos de desarrollo psicosocial, ha correspondido también una distinta manera de estructurar su subjetividad.

A continuación vamos a referirnos a una experiencia que tuvo como eje el trabajo de las relaciones intersubjetivas, para acercarnos a comprender de mejor manera lo expuesto.

III

Taller

Violencia en las relaciones de pareja: sistematización del taller realizado en DEMUS

Marisol Vega*

DEMUS comunicó su interés en iniciar un trabajo psicológico con las mujeres que acudían a la institución por problemas de maltrato. La necesidad de incorporar un apoyo psicológico dentro de un marco institucional fundamentalmente jurídico se expresó en relación a su propio trabajo como abogadas. Ellas observaron que, aun cuando las señoras denunciaban su situación de maltratadas y acudían a buscar apoyo legal para solucionar sus problemas, en el transcurso del proceso interrumpían los trámites de separación que iniciaron, regresaban donde sus maridos agresores, dejaban de asistir a las citas acordadas. También advirtieron que algunas señoras que habían logrado obtener su divorcio, al poco tiempo iniciaban una nueva relación de pareja con características similares a la anterior que interrumpieron.

Había un punto ciego, inexplicable. Mientras que las denuncias y las demandas estaban puestas en el agresor, había algo que hacía que las mujeres regresaran donde ellos. No se podía entender qué es lo que ocurría en el camino, que llevaba a las señoras a volverse a juntar. Había que indagar en el terreno de la subjetividad esa parte desconocida que no se lograba conectar, esa parte que no estaba siendo integrada y que impedía comprender.

Se le presentó a DEMUS una propuesta psicológica. Esta consistía en realizar dinámicas grupales para ver

qué es lo que las mujeres experimentaban internamente ante el maltrato. La idea fue promover en ellas el darse cuenta de sus sentimientos y de los mecanismos afectivos que empleaban para defenderse de situaciones que les resultan intolerables, de sus resistencias internas y de la dificultad que tenían de salir de una relación de abuso y maltrato en la que permanecían como víctimas.

Fue así que se dio inicio a las sesiones de dinámica grupal con 12 mujeres a quienes DEMUS invitó a participar, habiéndolas seleccionado por tener en común vivencias de maltrato físico y/o psicológico por parte de sus parejas.

SOBRE LA POBLACION

Todas las señoras con quienes se trabajó habían recurrido a DEMUS en busca de un espacio para expresar su demanda de ayuda y con anterioridad habían recurrido a sacerdotes, brujos, magia, lectura de cartas.

Con excepción de una, todas las señoras habían iniciado procesos judiciales contra sus maridos por causa de divorcio o juicio de alimentos.

Las edades fluctuaban entre los 25 y 51 años, ubicándose la mayoría entre los 35 y 45 años de edad. Las condiciones socio-económicas también variaban.

* Egresada de Psicología en la Pontificia Universidad Católica de Lima.

El promedio de hijos que tenían era entre 2 y 3, habiendo dos señoras que tenían un hijo y una, la de más edad, que tenía 4 hijos.

En relación al trabajo, 6 de ellas contaban con un trabajo estable y fuera de sus casas, y las otras deseaban obtener uno, con excepción de la señora de más edad.

La mayoría de las señoras había vivido con su pareja entre 10 y 20 años. Desde el inicio tuvieron problemas, pero siempre esperaron cambios en sus esposos. Decidieron pedir ayuda cuando sintieron amenazadas sus vidas o la de sus hijos.

SOBRE LA METODOLOGIA

La metodología utilizada fue la psicoanalítica tanto para fines terapéuticos como para fines de investigación.

Se realizaron dinámicas grupales abiertas, libres, no dirigidas durante 6 meses. Fueron 24 sesiones, con una duración de hora y media y una frecuencia de una vez por semana en la sala de reuniones de DEMUS.

Esta actitud no directiva de la terapeuta facilitó que las señoras comunicaran sus experiencias, sus afectos, sus conflictos, y la terapeuta con su escucha y sus interpretaciones recogió lo expresado y fue promoviendo asociaciones que conectaron e integraron el pasado con el presente. Se abrió la posibilidad de descubrir aspectos desconocidos para las propias señoras.

Se proporcionó un espacio de privacidad, de no-violencia, en el que se revisaron y se reflexionó en torno a sus experiencias conflictivas.

Al final de cada sesión, se reconstruyó la dinámica y se hizo un registro por escrito.

SOBRE LA DINAMICA DE LAS SESIONES

A continuación, vamos a referirnos a 4 sesiones —la primera, la undécima, la décimotercera y la última—, las mismas que condensan aspectos centrales de la dinámica de las sesiones y nos permiten dar cuenta del proceso. Estas sesiones permiten conocer y comprender qué ocurre en una dinámica de violencia, qué aspectos de la relación de pareja generan esa violencia, por qué se repite, por qué ambos están entrapados en esa modalidad de relación.

I

A la primera sesión asisten 10 señoras. La terapeuta realiza una presentación breve y pide a las señoras que mencionen sus nombres para conocerse. La terapeuta señala que todas las señoras que asisten al grupo llegaron a DEMUS en busca de apoyo por estar atravesando situaciones difíciles y de maltrato con sus parejas y que la idea de ese espacio es reflexionar juntas acerca de sus experiencias, de lo que cada una siente, de lo que les pasa para poderlo trabajar y entender mejor.

L: Yo he venido acá para transmitirles mi experiencia. Estoy separada desde hace 6 años, pasé muchísimo y ya superé el problema. A mi esposo me lo trabajaron en la selva y puedo decir que me lo cambiaron. No creía en la brujería pero me convencí. De un momento a otro mi esposo, con estudios en la Universidad Católica, con tres idiomas, me dejó por una mujer igual a la de "Magia Blanca", se lo imaginan. Nos agarró un odio terrible a mí y a mis hijos. Me sacó de las planillas y dejé de contar con el seguro. Fui a hablar con sacerdotes, pero ninguno de ellos me creía que era brujería. Me hice leer las cartas. Fui donde brujos. Hasta que me llevaron, el año pasado, a un grupo de los carismáticos. El padre, que sí creía en la brujería, me hizo la sanación, que es como una limpieza y recién encontré tranquilidad y pude perdonar.

(La terapeuta le señala al grupo que la señora ha contado las situaciones difíciles por las que ha atravesado y se ha referido a su necesidad de buscar una solución en los sacerdotes, los brujos, adivinos, abogados y psicóloga; que muchos son los caminos que pueden ser tomados, pero lo que estamos empezando es un camino distinto, en donde de lo que se trata es de trabajar cada una e indagar dentro de sí mismas lo que les impide salir de esas situaciones de violencia).

O: Yo acabo de obtener mi divorcio y estoy muy contenta. (Las señoras la felicitan). Yo me casé con un serrano, él quiso casarse con una pituca como yo, y a los pocos días ya estaba tratándome como a su empleada. Ahí mismo saltaron las diferencias. Yo tengo una parejita y mi esposo me pegaba delante de mis hijos. Venía borracho y me perseguía por toda mi casa con pistola gritándome que era una puta. Me quería violar delante de mis hijos. El y su familia están metidos en eso de las misas negras. Yo me casé contra la voluntad de mis padres. A ellos no les parecía que él sea para mí. Como yo estaba tan decidida, me escapé. Me rompieron mi vestido de novia. De todo pasé. Quizás por eso he pagado las lágrimas que le hice derramar a mi padre.

Mi esposo me humillaba delante de la gente y yo lo aguantaba por mis hijos. Intenté separarme y me amenazó con que no me pasaría nada de dinero. Intenté suicidarme, hasta que decidí que así no podía seguir y opté por separarme. Mi esposo no me creyó. Cambié la cerradura de la casa, le hice juicio y finalmente salió. Ya no quiero saber nada de él, es cosa del pasado. Estoy en un momento en que me siento renacer. Claro que me pregunto qué pasará con muchas cosas.

(La terapeuta señala que precisamente en ese día también se comienza algo nuevo y distinto; pero algo diferente a la idea de "borrón y cuenta nueva"; más bien, se trata de revisar las cosas del pasado y del presente para estar más preparadas para lo que pueda pasar).

O: Yo doy por cancelado lo que me pasó. Mi esposo sigue buscándome, me viene a llorar que regrese, que por mis hijos. Un día me dijo incluso que si yo hubiese sido así desde un principio como ahora soy, no hubiera pasado nada de lo que pasó.

J: Yo voy a hablar para aconsejarla a ella. Todos tenemos una mitad que tiene que ver con Dios y otra mitad que tiene que ver con el diablo. Cada uno tiene fuerzas malignas y benignas. Yo he estado con psiquiatra, con psicólogo, el año pasado perdí la memoria, me durmieron dos meses. Yo la entiendo porque mi marido me hizo también magia negra. Primero conocí a su mamá. Una amiga me llevó a que me leyeran las cartas. A los pocos días él me buscó y me dijo que sabía leer la mente y me convenció. Yo era bien sonsa. Creí todo lo que me dijo. El tiene un poder, sabe hacer hipnosis. En las noches él me trabajaba mi mente y me hacía hablar y me sacaba cosas que de otra manera no podría saber sobre mi niñez. Cuando nació mi hijita yo quería separarme pero él me amenazaba con que me la quitaría. Yo lo he mantenido porque él no trabajaba y estuve a punto de vender mi riñón para que el pague una deuda. El incluso me sacaba la plata. El se fue. Ahora habla mal de mí a mis hijos, dice que soy una puta. Salgo con amigos, pero me doy cuenta que les hago pagar lo que mi esposo me hizo y no quiero caer en lo mismo.

(Todas las señoras que han revisado sus experiencias nos han contado que han sentido haber estado bajo control de ciertas fuerzas malignas y que ahora buscan cambiar sus vidas a través de otras fuerzas, esta vez, las benignas. La única posibilidad de sentir que no son "trabajadas" por otras fuerzas sería descubrir las propias).

Obd: Me he separado de mi esposo hace 3 meses, pero seguimos viviendo en la misma casa. Me casé a los 18, hace 20 años y me fui a vivir a provincia. Mi esposo me maltrataba, me encerraba con llave cuando se iba a trabajar. Yo no le contaba a nadie. Cada vez que me ponía un ojo morado o una ceja rota yo trataba de ocultarlo. Me desfiguró la cara. Luego se arrepentía y me decía que iba a cambiar y yo pensaba que así sería, y que iba a aguantar por mis hijos. Mis hijos y yo le teníamos pánico. Cuando salía de noche y volvía borracho nos queríamos esconder de él. Temblábamos. Una vez lo encontré con otra mujer y perdí el conocimiento. Quise separarme y me amenazó con matarse. Llegó a comprar ácido muriático y redactó una carta para su hermana. Yo seguía aguantando hasta que una amiga me dijo que yo no podía seguir así, que tenía que salir, que debía hacer mi vida. Y así fue. El qué se iba a imaginar. Le abrí juicio. Me fui de la casa, pero tuve que regresar porque casi perdemos el teléfono porque él no lo pagaba. Ahora he puesto las condiciones bien claras. Dormimos en cuartos separados; él no me toca, yo lo ignoro. El insiste en que ha cambiado pero ya no le creo. No confío. El cree que salgo para verme con otro hombre pero no es así...

El tema central de este grupo de señoras es, desde el inicio, el de experiencias de vida muy difíciles, con relaciones de pareja conflictivas en donde el marido las maltrata como si estuviese poseído por fuerzas malignas. Este primer encuentro parece estar impregnado por una lógica de denuncia: los maridos son los culpables de sus experiencias dolorosas.

Sienten que hay fuerzas ocultas que están actuando

para generar esa impulsividad violenta en sus maridos y que por lo tanto los golpes, las heridas y cicatrices y la humillación recibidas tienen que ver con una energía que está fuera de sus controles. Es como si sintieran que sus vidas están interferidas por una mole, una fuerza monstruosa que no saben cómo afrontar. Entonces apelan a otras fuerzas que consideran benignas: al poder divino a través de sacerdotes y al poder humano a través de la ley y las fuerzas del orden.

Ante la propuesta terapéutica de hablar y trabajar sus cosas para entender lo que sienten e ir descubriendo sus fuerzas internas ocultas, reaccionan con desconfianza. Esto es entendido por las señoras como lo que le sucedió al esposo de una de ellas: "lo trabajaron y se lo cambiaron" con la brujería; o como le ocurrió a *J.* con su esposo, que tenía el poder de leer la mente y "se la trabajaba" en las noches, sacándole cosas de su niñez para manipularla.

La posibilidad de abrirse para conocer qué es lo que sienten, qué es lo que les ocurre, la posibilidad de mirarse a sí mismas, se les hace muy difícil. Pueden pensar en sus experiencias y "transmitirlas", como lo dice una señora enfáticamente, pero procesarlas y "trabajarlas" para entender lo que les sucede, les produce temor.

Parecen tener miedo de trabajar lo suyo, de establecer un contacto abierto consigo mismas y con otras personas, puesto que sienten a esas fuerzas desconocidas como peligrosas y que las pueden anular y cambiar. Lo que parece ser es que ellas mismas no se sienten lo suficientemente fuertes y seguras como para acoger los aspectos ocultos y desconocidos que están dentro de ellas ni lo desconocido fuera de ellas y temen les hagan daño. La terapeuta, como persona desconocida, en este primer encuentro les moviliza esos temores y desconfianzas.

La manera que encuentran de defenderse internamente es a través de un mecanismo muy básico: la escisión. ¿Qué significa este mecanismo de escisión? Ante la ansiedad abrumadora y el caos que les suscita lo desconocido, experimentado como peligroso, ordenan su mundo dividiendo a las personas en representantes de la bondad y la idealización y en representantes de la maldad, quienes las perseguirían. Asimismo, dividen su mundo interno del mundo externo poniendo fuera de ellas lo que sienten amenazador, desconocido y que las persigue internamente y que no lo pueden integrar. Colocan en las fuerzas externas, como la magia, la misa negra, la brujería, la sanación, todo lo que ellas no pueden digerir ni entender de sí mismas, puesto que les es muy difícil conocerse, reconocerse y aceptarse en sus deseos más ocultos.

Lo que parecería ser es que en las señoras no ha habido la experiencia de vincularse con un otro que las ayude a estructurar su deseo de manera separada, a ser capaces de relacionarse como personas individualizadas. Es como si las señoras no hubiesen tenido experiencias suficientemente organizadoras como para sentir

que cuentan con recursos indispensables para acoger las complicaciones de la vida afectiva en su relación con un otro. Estas complicaciones van a formar parte de ese terreno desconocido para ellas, puesto que ellas mismas las apartan porque les da temor.

En esa misma línea, ante la propuesta de la terapeuta de que las señoras compartan sus experiencias considerando que todas tienen algo en común, parecen temer ser consideradas como personas homogéneas e indiferenciadas, entre desconocidas. Entonces, como defensa, algunas señoras intentan separarse y perfilarse como "superiores" apoyándose en argumentos referidos a las diferencias sociales y étnicas. La primera señora que habla aclara que sólo viene a transmitir su experiencia pues ya "superó" el asunto, siendo que una de esas mujeres de "Magia Blanca" le robó a su marido. Otra señora señala que su marido "serrano" se quiso casar con ella, pero ella, siendo "pituca", no podía aceptar el trato de "empleada" que le daba. De esa manera, también estarían enviando el mensaje a la terapeuta de que no podrían ser tratadas como las demás, a quienes ellas perciben como señoras con características comunes a las de la propaganda de "Magia Blanca", señoras de la sierra o empleadas domésticas.

Con esta forma de ver las cosas y de separar a las personas y de separar sus sentimientos, lo que supone para ellas una solución termina siendo el comienzo de la perennización de los conflictos y el retorno a lo mismo, puesto que se les hace imposible acceder a sus problemas.

Con esta forma que han encontrado de vivir separando, dividiendo y controlando, la propuesta de divorcio empata como mecanismo defensivo. Las señoras imaginan que el divorcio es una solución a sus conflictos. El marido, por esa vía, se convierte en el representante de todo lo maligno y estarían con la expectativa de que, al apartarlo de sus vidas, ellas se fortalecerían.

El significado que adquiere el divorcio en el contexto de esta dinámica interna es, pues, el de una operación defensiva. A los maridos se les adjudica el carácter de agresores, poseedores de fuerzas malignas, y las mujeres serían las buenas personas, las víctimas. Otra vez la escisión.

Con el divorcio, se anticipa una respuesta de emergencia en el terreno de lo social y se desatiende la necesidad de conocer lo que les ocurre en el terreno inexplorado de la subjetividad. Siendo imperativo indagar y entender lo que ocurre en el mundo interno de las señoras, si es sólo en el terreno de lo social donde se actúa, esto no produce cambios significativos y, más bien, puede cerrar posibilidades de comprensión.

La propuesta terapéutica de revisar sus experiencias desde dentro, para abrirse a la comprensión y poder integrar aspectos de ellas, les cuestiona su manera de defenderse. Entonces, además de movilizarles el miedo a ser manipuladas, produce un temor mayor: que todo

lo suyo, que con tanto esfuerzo han colocado fuera como fuerzas malignas externas, regrese.

Nuestra tarea se inicia entonces ofreciéndoles la posibilidad de establecer un vínculo en un espacio de privacidad, de no-violencia, que facilite a las señoras reconocer paulatinamente esas fuerzas ocultas y contradictorias que están dentro de ellas, que actúan de manera permanente y que, al no ser acogidas e integradas, no les permite crecer y desarrollarse, y que, colocadas en el afuera, no derivan en experiencias estructuradoras, ni en logros de individuación/separación. Permitirles descubrir que los esfuerzos que hacen por separarse y que actúan en el escenario social, son insuficientes si no los orientan hacia el terreno de su mundo interno: espacio clave para su liberación.

II

Con otra sesión podemos iluminar la manera como las señoras se presentan como víctimas de sus maridos, qué lugar ocupa la violencia en la vida anímica de estas señoras, cómo hacen para afrontar estos problemas, y qué otras posibilidades se abren.

B nos cuenta que está como siempre: bien y mal; que ha estado con problemas al estómago y a la columna. Cada vez que tiene problemas con su esposo se pone así: con dolores de columna y le arde el estómago de rabia, que es directo. ¡Tiene tanta rabia! Le falta el equilibrio y a veces piensa que se va a caer. Su esposo, como siempre, llega tomado y la grita y la amenaza. Cuando él está alejado ella se siente bien, cuando ya sabe que él va a llegar empieza a sentirse mal. Dice que su marido acaba de renunciar a su trabajo sólo por no darle a ella su pensión. Ella ya no sabe qué hacer. Lo bota y regresa. Una vez ella se fue a casa de un familiar, pero el esposo la sacó con una asistente social y ella regresó. El otro día también tuvo un problema porque, mientras su esposo le gritaba y le metía el dedo al ojo, su hijo parecía divertirse por la situación. Ya no sabe qué hacer. Lo ha denunciado muchas veces a la Policía, pero no pasa nada. Por último, él ha amenazado con matarla si lo vuelve a hacer.

O: Señora, no le abra la puerta, cámbiele la cerradura, déjelo que la insulte. Eso no puede durar mucho. Bueno, yo ya tengo un tiempo de separada y sentía que ya había salido de esto y, sin embargo, el lunes mi esposo vino con el pretexto de traer a mi hija. Quería que le abra la puerta. No lo hice. Sabía que si le abría era para que me pegue. Me fui a la parte de atrás de mi casa y no lo escuché. Gritaba como un loco. En un momento, rompió las ventanas. Entonces me fui a la comisaría con mis papeles, en los que dice que estamos separados y que él no puede acercarse, ni menos hacer daños a la propiedad. En la comisaría fue horrible, me trataron peor que mi esposo. Mi esposo, que me había hecho vigilar, ya les había pagado a los policías. En un momento le dije a la Policía que lo que tenían que hacer era tomar un análisis de tóxico a mi esposo para que vieran el grado de cocaína que corría por su cuerpo. Mi esposo ya me

ha amenazado con desfigurarme la cara. Me amenaza con matarme. Ese día ya no quería salir. Me hundí como si fuese la primera vez.

D: Es que una siempre está desprotegida. Podemos ir al juez, a la comisaría, pero él igual pasa plata y todo lo que una hizo ya no vale. Cuando mi esposo me pegó la primera vez yo le devolví; lo volvió a hacer y también yo. Hasta le he roto la pierna y lo he mandado al hospital. Yo no he dejado que me maltrate. Una vez me pegó y yo agarré el cuchillo y se lo clavé en el pecho. Estuvo 15 días en el hospital. En un año no se atrevió a tocarme. Después me separé y he estado con juicio de alimentos.

B: Una no sabe qué hacer ya. Mi esposo no conoce otra cosa que el lenguaje de los golpes. No espera más y me da un golpe o una patada.

O: Yo ya no dejo que me toque. El me persigue, me hace seguir, pero yo no voy a quedarme en mi casa con los brazos cruzados. Una vez que me estuvieron siguiendo me provocó tirarles el carro a la moto en la que andaban. También he estado con una metralleta en el bolso. Me decía: "A estos los quemo". Pero después qué pasaría. La desarmé.

C: Es que una ya tiene que aprender a defenderse. Cuando encontré a mi esposo con una mujer en el segundo piso la metí en el cuarto y le jalé los pelos. Mi esposo la defendió en contra mía, y la mujer amenazó con matarme. Esa noche me fui de mi casa y denuncié a la comisaría por qué era que no dormía en casa. Fue un trato horrible y una humillación por esos guardias. Menos mal está DEMUS para defendernos.

(En este espacio, al hablar de la rabia, ustedes se permiten tomar distancia y salir del lenguaje de los golpes para intentar cambiar las cosas, y no reproducir lo mismo recurriendo al puñal o a la metralleta).

Las señoras nos cuentan todo lo que el marido "les hace". En el caso de B, el marido la golpea, toma y se marea; deja su trabajo con tal de no darle dinero a ella. Pero lo que ella no logra advertir es que es a ella a quien le arde el estómago y quien pierde el equilibrio, que ella está bien hasta que llega el marido y entonces se pone mal. No es sólo que el marido actúa todo en función de ella, sino que ella también actúa todo en función de él; en ambos hay mucha rabia y es la manera en que están conectados.

A través de B podemos entender lo que ocurre en estas dinámicas marcadas por la violencia. Las señoras están subjetivamente tan conectadas al marido que lo que el marido haga o deje de hacer les afecta. Esto tiene que ver con la falta de individuación que mencionamos, en la medida en que, si no logran construir una imagen propia, les es sumamente difícil separarse del otro.

Las señoras afirman que les es imposible librarse del marido porque él siempre regresa, pero son ellas también

quienes regresan luego que deciden separarse. Lo actúan literalmente retornando a la casa que dejaron, o emocionalmente cuando no han logrado establecer una separación a nivel interno.

Es tan poca la distancia anímica entre ambos, que el marido de B llega a expresarlo metiéndole el dedo al ojo mientras le grita, como si fuera su objeto.

Ante la dificultad de separarse, las señoras reconocen que no pueden parar solas esta violencia. Entonces buscan la ayuda de otros para poner límites y orden. Es cuando recurren a la ley, a la comisaría, a DEMUS y a la psicóloga, con la esperanza de que pongan esa contención.

Si se acogiera la demanda de las señoras tal cual la formulan, de manera literal, no quedaría otra alternativa que colocar a algún agente del orden o erigirse en salvadores para restablecerlo, cada vez que se desencadenara la violencia. La situación entonces no cambiaría mucho. La posibilidad de cuestionar la dificultad que tienen para poner límites internamente y comprender que son ellas quienes tienen que aprender a establecerlos desde dentro permitiría otro orden en la dinámica de sus relaciones.

Los intentos que hacen para librarse de la violencia (acuñada toda en el marido) son múltiples:

– O señala que una de las vías es el divorcio, lo que ella ya ha logrado y aconseja que las señoras no les abran las puertas de sus casas a los maridos y que cambien las chapas; pero luego señala que, separada y todo, el marido sigue amenazándola y ella continúa denunciándolo.

– Otra forma que parecen haber encontrado –ante lo inútil de las denuncias y sumado a las amenazas del marido– es dejarse "meter el dedo", golpear, hasta que el esposo se canse y se vaya por un tiempo (B).

– Una tercera es devolverle el golpe, y si es posible más fuerte, aunque se mande al marido al hospital por 15 días internado (D).

Estas tres fórmulas pueden reducirse a:

1) Separarse físicamente vía divorcio o cierre de puertas, lo cual no deja de generar violencia, sino más bien la embalsa y hasta intensifica.

2) Mantenerse inmovilizada, detenida, pegada, y ser pegada/golpeada como objeto del marido, lo cual perpetúa la violencia.

3) Continuar con la violencia y alimentarla a través de más golpes, llegando a un nivel de indiferenciación entre agresor/a y agredido/a.

En los tres casos, las reacciones generaron una violencia desbordada que las señoras no pudieron parar solas.

De lo que se trataría es de abrirse a la posibilidad de entender que es la puerta interna la que se tiene que cerrar, que lo que hay que poner es un límite interno, una separación psíquica como la única vía para individuarse (como parte del proceso de desarrollo).

Nuevamente podemos constatar que con el divorcio como vía de solución sólo se estaría actuando en los hechos lo que no se está logrando a nivel afectivo. El vínculo que han establecido es fuerte y no se ha desconectado aún. El problema central es la dificultad de separación dentro del matrimonio. La violencia podría estar actuando como pegamento, puesto que tanto el amor como el odio son una forma de juntarse.

A través de la palabra se estaría buscando establecer la distancia necesaria para alejarse de la actuación e integrar aquello que no se está viendo. El uso que hacen las señoras de la palabra adquiere la forma de demanda, de queja y de acusación, les sirve para colocar fuera lo que les sucede y entonces se cierra la puerta hacia la comprensión.

La idea es hacer uso del lenguaje como mediación, pero nos encontramos con otra dificultad cuando las señoras expresan que sus palabras no tienen peso donde sea que vayan. Es entonces que pierden sentido y no encuentran otra manera de defenderse que actuar con más violencia, sin distanciamiento, con el cuchillo, la metralleta o los golpes.

III

La siguiente sesión expresa la manera en que las señoras forman parte de esa dinámica violenta, y cómo tienden a reproducirla con sus hijos o hermanos menores.

B dice que hay varias señoras que no han ido y que quizás es porque quieren algo rápido, como consejos.

C dice que en la comisaría se humillan más porque les preguntan por la historia de su vida una y otra vez. B refiere que el marido la ha golpeado sobre las cicatrices que le ha hecho en la cara.

(La terapeuta les señala que de repente al venir a sesión, podrían sentir también humillación y dolor al hablar sobre sus heridas repasándolas).

B cuenta que su marido la sienta y la pone de espectadora mientras él baila, canta y toma. Le quema la cara con cigarrillo, le tira los platos con comida como platillos. Con sus hijas hace lo mismo. El rápido golpea y dice palabras gruesas. Ella tiene vergüenza de sus marcas y no quiere salir así a la calle. Después de verla ensangrentada el marido llora arrepentido y después se humilla. En la comisaría también se fue a llorar. Le hace pasar vergüenza porque él hace creer que ella no cumple como esposa, que como no lo atiende él se pone así. Ella no lo comprende porque después que le pega él se humilla. Con él no se puede conversar, no da tiempo de dialogar. El golpea de frente. Dice que está confundida.

Piensa que por eso era que las señoras decían la vez pasada que le clavaban el cuchillo a sus esposos y les respondían con golpe.

(La terapeuta les dice que tal vez ellas, como las otras señoras, en parte también quisieran soluciones rápidas para evitar sentir dolor, vergüenza y humillación, pero, por otra parte, así como cuenta B de la relación con su marido, se permiten contrastar experiencias de respuestas rápidas que las dejan sólo de espectadoras y golpeadas. Esta vez ellas están optando por el diálogo y por darse un tiempo para comprender. Ahora que se dan el tiempo para venir y conversar, también se están permitiendo preguntarse por lo que sienten, por la explicación de las cosas que no entienden, por sus confusiones).

C cuenta que desde el principio el marido la mandaba, y como ella estaba enamorada, él se había apropiado de ella como si ella fuera parte de él. Si a ella le gustaba un zapato y él decidía que tal otro, aunque le apretara ella terminaba diciéndole: "Sí, papacito." El mandó siempre sobre todos, todos le tenían miedo. Ella piensa que quizás se dejó, que ya su vida está destruida, pero sí quiere que sus hijos tengan una vida diferente. Si no hubiera sido por el maltrato que vio hacia sus hijos, tal vez se hubiera mantenido así. Lo de los hijos la hizo no aguantar más. Al hijo mayor de su esposo, él no le podía reclamar nada porque había crecido lejos, sin su protección (lo reconoció recién cuando adolescente), pero sin embargo lo maltrataba duro. El muchacho se estaba preparando para la universidad en cuarto de media porque querían que lo haga con tiempo. Empezó a llegar tarde. Había una chica mayor que lo perseguía. De repente, el padre lo botó de la casa después que un día llegó tarde. Parece que tuvo su problema con la chica y por eso el padre lo echó. Un tiempo después le avisaron que había nacido la hijita de su hijo. Ella se sorprendió. Ella ahora lo recibe en su casa y le da de comer cuando su esposo no está. Teme que su esposo se entere. Una doctora le ha dicho que está protegiendo mucho al muchacho y que no lo deja madurar.

Ella siente que ahora su hijo —el segundo— la maltrata y no le hace caso. Siente que todos abusan de ella. El menor lo hace porque ella es muy condescendiente. No quiere que se repita la misma historia del hijo mayor. Tiene miedo. No sabe qué hacer porque su hijo menor está llegando tarde. Ella le habla pero no le hace caso. Ofrece llegar a una hora y llega a otra. El dice que las fiestas empiezan tarde. C no entiende. Piensa que las doce, la una, le parecería una hora prudente, pero él llega a las tres de la mañana. Dice que ella les habla, conversa con ellos cosas que no le competen sobre cómo deben cuidarse. Ella le decía al hijo de su esposo que no quería que hiciera lo mismo que el padre, y ya lo había hecho. Ahora teme lo mismo con su hijo. Esta angustiada, no sabe qué hacer.

B recuerda que en su familia no hubieron golpes. Su padre era una persona culta, metida en política y nunca supo de golpes. Lo que sí, era mujeriego. Su mamá era una mujer de la casa. El papá las dominaba con la mi-

rada, nunca a golpes, no levantaba ni la voz. Quizás por eso ella ha tratado de entender qué pasa. Lo que sí se repite es que su mamá tuvo un primer matrimonio del que enviudó y luego, sin casarse, tuvo la relación con su papá. Después, cuando su mamá murió, su papá reconoció que tenía otra hija a la que había negado. Con su esposo fue así, al tiempo él reconoció que tenía un hijo. Su suegra la ha protegido a ella, le aconsejaba cómo debía tratar a su esposo. Le decía que tuviera la sogá larga. Era buena. En una ocasión, su suegra le confesó que ella había matado al padre de su esposo envenenándolo porque era un diablo, un malvado, un loco, y que un día desesperada sin saber qué hacer lo envenenó. B dice que su esposo no lo sabía, pero se volvió como su padre a los 30 años. B piensa que tal vez por eso él no le quiere aceptar la comida, que por eso la tira, o las hace probar primero a las hijas, a ella, y recién después la toma él. Ella le ha dicho que por qué anda creyendo que lo va a envenenar, que si lo hubiera hecho entonces tendría razón.

D dice que se ha dormido un poco en sesión porque está muy cansada. No ha dormido en toda la noche porque tuvo un problema con su hermana menor. Esta está a su cargo. La hermana tiene 15 años. Por evitar que le pase a su hermana lo mismo que a ella cuando era chiquilla la tandeó por llegar tarde a su casa. Dice que su hermana está en toda la adolescencia y empezó a arreglarse mucho para ir al colegio. Por su experiencia, una se arregla cuando está con lo de los chicos. Ella le preguntó a su hermana por qué llegaba tarde y la hermana no le respondía. Más bien, le dijo que ella se estaba poniendo como su mamá, que era una vieja. Allí la tandeó. La hermana se fue de la casa y no ha regresado desde hace dos días. La ha buscado y no sabe dónde está. No sabe cómo es él, si le dobla la edad como en su caso. A ella también le pasó igual. Se encaprichó cuando tenía 15 años, se escapó de su pueblo y se vino a Lima. Su mamá le habló, le pidió que no lo haga y ella no le respondió; la tandeó y entonces se escapó. Le fue mal. Ahora piensa que se equivocó con su hermana. No le debió pegar. Debí aconsejarla de otra manera, pero tenía miedo que le pase a su hermana lo que a ella.

C dice que a veces hay que guardar en una cajita el dolor y no abrirla porque es tanto y tan grande que una se siente incapaz de manejarlo. Su cuñada le preguntó por el paradero del hijo mayor de su esposo y ella le pidió que no siguiera porque así le evitaría un dolor y un problema más grande. Quería también evitar que el marido haga daño a la persona que ha cobijado a su hijo.

(La terapeuta les señala que, de maneras distintas, están expresando el dolor que les produce recordar lo que han vivido —como si repararan sus heridas— y que muchas veces han preferido olvidarlo y guardarlo en una cajita como una manera de evitar más sufrimiento; pero a la vez se están dando cuenta que es importante revisar el pasado para entender lo que les está pasando ahora. Como D, que hizo uso de su experiencia para entender qué estaba pasando y se dio cuenta que terminó por reproducir con la hermana las mismas condiciones que la llevaron a ella a huir de su casa).

En esta sesión encontramos que, en el intento de evitar que las historias se repitan, las soluciones rápidas, que no permiten la reflexión ni el diálogo, terminan por empujarlas a actuar aquello que rechazan.

El tema de las soluciones rápidas para resolver los conflictos es una preocupación que está presente en las señoras. Se expresa a través del comentario que hacen acerca de las señoras ausentes que quieren consejo; a través de las referencias a las actitudes del marido de B., que rápido responde con violencia, y del marido de C., que de repente echa de su casa al hijo mayor; y a través de la señora D, que "tandea" a la hermana.

Ellas sienten que, en su camino por manejar las cosas de manera distinta, han tenido que aguantar y pasar por el dolor de que restrieguen sus heridas y repasen sus cicatrices, como sienten que lo hace el marido, las personas de la comisaría y la terapeuta; y, sin embargo, manifiestan estar dispuestas a aguantar un poco más porque tienen la expectativa de que, cuanto más aguanten, serán más recompensadas o encontrarán una salida mágica.

De otro lado, a través de lo que expresa la señora B, ella y su suegra serían quienes aguantan a sus maridos que actúan como diablos. El aguante en este caso sería como una estrategia que consistiría en mantener una tensión. Se trataría de mantener la angustia que tiene el marido de que en algún momento alguien lo envenenará, junto con la idea de que un hombre que se comporta de manera diabólica es digno de envenenamiento. Una forma sutil de expresar la rabia y la venganza. Así, tanto las señoras como sus maridos harían de perseguidores y perseguidos, enganchados en una dinámica perversa como si fueran dos piezas de un mismo sistema en donde llegan a confundirse e indiferenciarse respecto a la violencia. Esto es expresado también cuando B cuenta que estaba ensangrentada por el marido y este lloraba, y cuando refiere que la suegra envenena al marido y lo mata porque se supone que este actúa como un diablo. En otras palabras, el marido de B actúa como la persona golpeada; y en su relato sobre la suegra, los impulsos agresivos que adjudica al marido/diablo los actúa la suegra envenenándolo.

El aguante entonces está planteado como un mecanismo que evitaría reproducir la violencia, y que permitiría una salida diferente; pero también en este contexto el aguante está asociado a una estrategia de amenaza tácita que permitiría mantener la tensión entre agresor y agredida hasta el punto en que se hace inevitable una descarga que justifica la actuación de la agredida (envenenamiento del marido).

Encontramos de otro lado que ante el deseo de evitar que las historias de violencia y frustración se reproduzcan, las señoras sienten la necesidad de preparar a los hijos para la vida, de protegerlos y cuidarlos para que no les ocurra lo que a ellas. Esto lo expresan claramente cuando C se refiere a sus hijos y D a su hermana. Sin embargo, el temor que quiere desterrar C, la falta de

preparación que quiere subsanar, lo reproduce haciendo que por el miedo su hijo se aisle y oculte para recibir un poco de comida. Asimismo D, quien quiere evitar que la hermana se involucre con un hombre a los 15 años, porque desea impedir que tenga su misma historia, termina por desencadenarla al darle una tunda que la hace huir de su casa, tal como ella misma lo hizo cuando joven.

Lo que encontramos es que en las señoras todavía actúa el modelo del miedo y de la violencia que tanto rechazan, puesto que, aun cuando se lo propongan, permanecen actuando en ellas de manera inconsciente mecanismos defensivos que tienen que procesar para modificarlos.

IV

En la última sesión podemos encontrar expresado el desborde de necesidades, la impulsividad y la necesidad de contención de estas señoras.

La señora B llega puntual y dice que quería y no quería llegar temprano, que siente frío y que, además, cuando venía hacia la reunión, sentía que el viento la llevaba en sentido inverso y que le parecía que no avanzaba, que el viento la llevaba hacia atrás.

C cuenta que está preocupada por el recibo de agua que le ha venido consignado con un monto excesivo. Se ha ido a pedir a SEDAPAL que vayan a revisar por dónde está el problema de fuga de agua, pero ellos sólo pueden ir de 8 a.m. a 4 p.m. y el agua recién llega a las 6 p.m., cuando ellos no pueden venir. Ella quiere que vengán, averigüen y corten el problema de fuga. La vez pasada fue así, había una fuga interna muy grande y no había cómo detectarla, hasta que la descubrieron y la cerraron, pero nuevamente el problema se ha presentado.

(La terapeuta le señala que su referencia al problema del agua se podría conectar con el hecho de ser la última sesión. Que al aludir a los problemas internos de fuga de agua que había logrado resolver pero que nuevamente se han presentado, y referirse a la sensación de que retrocedía en lugar de avanzar, podría estar expresando que ella sentía que había logrado avanzar en la averiguación y comprensión de sus problemas pero que, al terminar las sesiones, sentía también que podría suponer un retroceso).

C dice que su problema es más de tipo económico. Le falta plata para pagar su agua y eso le preocupa mucho. Refiere que no está usando casi el agua para no quedarse sin ella y para pagar poco.

B refiere que está pendiente su juicio de alimentos y que está esperando que su esposo inicie el de separación. Ya se está cansando de esperar, pero es que eso cuesta plata y ella dice que no la tiene. Señala que además le preocupa separarse y después tener que ver de qué va a vivir y alimentarse. Ya sabe que tienen la casa para sus

hijas por lo menos. No entiende por qué su esposo no inicia la separación si ya tiene otra familia y otra casa. Ella no sabe si él vivirá allá. A sus hijas les dice que vayan a ver si su papá está en la otra casa, pero no quieren ir. Dice que tenía la esperanza que su esposo cambie. Siente que algo ha cambiado porque ya no se mete con ella. Ahora obliga a sus hijas a que lo escuchen hablar botella en mano y haciendo salud. Aunque tengan sueño no se pueden mover, pero a ella ya no la fastidia. Siempre las ha maltratado, aun cuando tenía a sus hijos chicos igual los ha maltratado. Le recomendaban que ponga a su guagua para defenderse pero igual con hijo y todo les pegaba. En la casa, cuando él llega, no pueden hacer bulla porque si no el baja inmediatamente a hacerles problemas. Por eso sus hijas y ella no hacen nada de bulla y están pendientes de que él duerma. Sólo si él duerme, ellas duermen tranquilas; si no, no se mueven.

En el contexto de la última sesión, al final del proceso grupal, C expresa tener una fuga interna muy grande, un monto de necesidades básicas excesivo (referidas a problemas con el agua, el aire, el movimiento) excesivo y no encuentra cómo contenerlo. Se pregunta, ahora que se acaban las sesiones, cuando la terapeuta ya no vaya a estar, quién la va a acoger y ayudar en sus problemas.

A través de C las señoras también aluden a un monto de fuga que podemos asociar con la fuga de impulsividad y violencia. Refieren que al inicio había una fuga interna grande, que habían logrado detectarla y cancelarla pero que ahora nuevamente se les presenta, justo cuando SEDAPAL y la terapeuta ya no atienden.

Refieren que el problema también tiene que ver con la economía de sus recursos. Sería un problema de distribución que les deja la sensación de que la manera en que vienen funcionando les resulta un costo altísimo por pagar. Las alternativas que encuentran para satisfacer sus necesidades esenciales son o la incontinencia y fuga o el caño casi inutilizado. Aún no logran averiguar, descubrir o detectar cómo regular esa cantidad de energía impulsiva.

Lo que las señoras imaginan, y que también está en la perspectiva de los servicios legales, es que la forma de parar esa fuga de monto de violencia es cerrando el caño: poner orden mediante denuncias judiciales. Hay necesidad de poner contención psíquica.

Ellas no logran ser contención para la violencia de los maridos y más bien temen la separación porque "no sabrían de qué vivirían"; es decir, temerían que el marido sea quien "cierre el caño". Entonces la violencia va contra sí mismas puesto que se niegan, se callan, se infantilizan, dejando que actúe dañándolas. Negándose a sí mismas se coluden con su propia autodestructividad.

En esta sesión también encontramos expresada la manera en que se continúa la dinámica de violencia de la

pareja hacia los hijos. Las señoras y sus hijos se vuelven intercambiables. Si la señora ya no es obligada a contemplar cómo se embriaga el marido, resultan los hijos involucrados en esto. Las señoras y los hijos actúan como espejo de los agresores: si el marido duerme, ellos duermen; si despierta, ellos están despiertos. Es cuando asumen una relación simbiótica. Contrariamente a lo que imaginan como defensa, al infantilizarse se colocan como objetos de ellos susceptibles de ser maltratadas. Esa simbiosis es autodestructiva. Es también una forma de hacer crecer esa fuerza impulsiva irracional de la que cada vez menos podrán defenderse.

Se han pegado tanto que, ante la posibilidad de diferenciarse, se sienten totalmente desvalidas en lo más básico. B señala que si se separa no sabe de qué viviría. Entonces delegan en el marido la iniciativa, prefiriendo "mientras tanto" mantenerse como parásitos, porque luego la diferenciación podría ser catastrófica. No se hacen sentir como personas distintas.

La perspectiva de cambio que expresan tener deriva en un círculo cerrado. No es la dinámica de violencia la que cambia, sino que esta se desplaza hacia nuevos personajes. Lo dice B al referirse a los cambios percibidos en su esposo. Lo que encontramos entonces es que se delega en los hijos la posibilidad de contener (los hijos como escudo para contrarrestar los golpes), se delega en los hijos su incapacidad de separarse (las hijas debían averiguarle sobre el paradero del papá) y también la función de víctimas dentro de esa situación (ahora son las hijas de B las que tienen que permanecer inamovibles al lado del padre hasta que termine su botella).

Ellas tienen que aprender a contener esa fuga, a poner un alto.

Los maridos actúan la incontinencia a través del alcohol y las drogas; ellas de diferente modo, no actuando pero sintiendo el desborde interno imposible de contener también. Tienen que aprender a poner un tabique interno entre ellas y el marido.

Como características de pareja encontramos personalidades impulsivas e incontinentes. El hombre tiende a descargar su ansiedad a través del alcohol y las drogas porque no la puede tolerar en sí mismo. Las mujeres tienden a borrarse, yendo en contra de sí mismas, aniquilando o entrando en la espiral de violencia a través de descargas hacia afuera.

CONSIDERACIONES FINALES

Respecto al conocimiento de la dinámica de maltrato en la que están insertas las mujeres, es necesario:

- Trabajar como temas ejes: la continencia/incontinencia "la fuga" de la impulsividad y de la violencia, y la separación/diferenciación frente a la tendencia de las mujeres a pegarse a los maridos o entrar a la espiral de la violencia.

- Cuestionar la manera en que se defienden, que es colocar en el afuera lo que les ocurre internamente; única vía para permitirse una mirada más integrada de ellas mismas y no una comprensión parcial.

- Facilitar que puedan abrirse y puedan pensar desde dentro dándose el tiempo para ver qué pasa, antes de anticipar algún juicio.

- Promover que revaloren sus palabras, de las que dicen que tienen poco peso, como herramienta de mediación entre el impulso y la actuación.

Respecto a las/los profesionales que trabajan con la violencia como tema, es preciso tener en cuenta lo siguiente:

- Cuando se está en contacto con la violencia, la posibilidad de establecer contactos abiertos entre las personas se hace más difícil.

- Lo importante es centrarse radicalmente en quienes acuden por ayuda –en este caso, las señoras–, para que desde dentro puedan soportar su malestar, cuestionar sus entrapamientos y digerirlos.

- En las instituciones –como en las señoras– se tiende a escindir, a poner fuera "las fuerzas malignas", dejando de lado la manera como las atraviesan internamente. Bajo este mecanismo, se delega toda responsabilidad de la violencia en los otros, en el afuera (como las señoras en los maridos), lo cual deriva, como hemos visto, en una comprensión insuficiente y parcial de la dinámica de violencia.

- Es central no contactarse con las señoras por su lado de víctimas y desvalidas, pues de esa manera se estaría desterrando la posibilidad de ayuda. Hay que considerar que la lástima no mueve hacia adelante. La idea es dirigirnos a sus franjas menos deterioradas y cuestionar su ubicación de víctimas para construir algo distinto.

- Es indispensable estar alertas a la manera como se asume el trabajo, para evitar enganchar en la fantasía de ser "las/los salvadoras/es" que tanto ansían las señoras. De lo contrario, se estaría alimentando tendencias infantiles en las señoras, cuando buscan figuras protectoras en quienes delegar sus responsabilidades.

- Es conveniente contenerse de actuar, que es a lo que impulsan las situaciones de violencia, para antes reflexionar sobre el lugar que ocupa la violencia en las personas que solicitan ayuda y en los mismos profesionales que la proporcionan.

- Existe la necesidad de articular lo que ocurre en el terreno desconocido de la subjetividad y el tipo de respuestas que se dan en el campo de lo social.

- Hay que atender a lo que ocurre a nivel interno, que se puede estar actuando en el mundo externo, para no coludirnos con acciones que entrapan.

- Es fundamental reconocer las motivaciones políticas, éticas y personales que llevan a las/los distintas/os profesionales a trabajar en este campo, para comprender

y disipar distorsiones en las relaciones interdisciplinarias y en las relaciones entre la/el profesional y las personas que solicitan el trabajo de la/el profesional.

Comentarios

IV

La dinámica subjetiva de la violencia en mujeres: un acercamiento a la integración del trabajo psicológico y legal

Sabina Deza Villanueva*

El problema de la violencia hacia la mujer en el ámbito familiar ha sido dejado de lado durante mucho tiempo por los investigadores de la conducta y la sociedad en general, probablemente debido a que se suponía que la familia era y debía ser un medio cálido, afectuoso y tranquilo. Sin embargo, la familia es el lugar en el que más frecuentemente se dan hechos de violencia de todo tipo, incluidos los homicidios. La violencia humana —sea una bofetada o una cuchillada o un disparo— es más frecuente dentro el círculo de la familia que en cualquier otro ámbito de nuestra sociedad. En nuestro país, explicitar las dimensiones y magnitud del problema resulta difícil, pues las víctimas, en su mayoría mujeres y niños, no presentan denuncias. Las mujeres maltratadas se muestran renuentes a revelar su verdadera situación y muchas veces se preocupan más de mantener su secreto que de hallar alternativas de solución.

Hace relativamente poco tiempo las mujeres procuraban que no trascienda fuera del hogar el trato humillante que recibían de sus cónyuges y sólo una pequeña parte presentaba denuncias en la comisaría, casi siempre después de haber sido anteriormente objeto de maltratos que no denunciaron. En Lima, se estima que en los últimos años seis de cada diez mujeres en relación de pareja acudieron a las autoridades por causa

de maltratos para ponerse a salvo del agresor.

El concepto de “mujeres maltratadas por su pareja” no sólo se utiliza para las situaciones de golpes que provocan lesiones corporales, sino que también incluye los actos de agresión psicológica hacia la mujer, en los que, a través de manipulación, intimidación, mentiras, limitación de la acción, humillaciones, verbalizaciones desvalorizantes, destrucción de objetos apreciados, exclusión en la toma de decisiones y otras conductas caracterizadas por presentarles estímulos mortificantes y negarles o limitarles otros que les produzcan bienestar, se somete a las víctimas a una lenta tortura emocional que produce heridas invisibles, pero no por ello menos dolorosas o perjudiciales. La violencia psicológica afecta la salud mental de las mujeres y trae como consecuencia la disminución de sus posibilidades intelectuales, habilidades y capacidad de trabajo, entorpecimiento de la voluntad, pérdida de deseos e interés, deterioro de la autoestima, ansiedad y desasosiego permanente, depresión, descontrol emocional; y, en general, un empobrecimiento progresivo de sus recursos y capacidades personales. El temor constante en que viven les crea una situación de tensión que genera toda clase de problemas físicos y psicológicos, hasta incluso la posibilidad de suicidios.

* Psicóloga, Magister en planificación educativa, coordinadora del Programa de Prevención y Tratamiento de la Violencia Familiar del Colegio de Psicólogos del Perú.

El maltrato hacia la mujer, ya sea físico o psíquico, no se da en forma impredecible sino en situaciones cíclicas que es necesario comprender para prevenir las agresiones. A través de la observación de este problema se ha logrado identificar las tres fases que componen el ciclo de la violencia.

Primera Fase: acumulación de la tensión.

Se caracteriza por la fácil irritabilidad del agresor. Todo lo que hace su mujer le incomoda; por ejemplo, le fastidia que se quede o salga de la casa, su tono de voz, su forma de cocinar o arreglar la casa, está al tanto de lo mínimo que ella hace para criticarla o censurarla. No importa lo que haga la mujer, su sola presencia lo encoleriza, pues la culpa de todos sus problemas y dificultades.

La mujer intentará calmar a su compañero, usualmente a través de conductas sumisas, complacientes o cariñosas, y tratará de no cruzarse en su camino para evitar que se enoje y le pegue. No toma conciencia que, con esa actitud, permite que su compañero sienta que tiene el derecho de agredirla.

La mayoría de los agresores sólo son violentos en su propia casa, porque comprenden que su conducta no es tolerable en público. Saben de su proceder inadecuado y tienen miedo que su mujer cuente a otros lo que le pasa, silenciándola bajo presiones o amenazas o desacreditándola para que duden de su palabra si se atreve a hablar.

Segunda Fase: explosión o fase aguda.

En esta fase el agresor muestra una agresividad incontenible que no responde a ningún control. La mujer será golpeada haga lo que haga, ni la gravedad de las heridas que le provoque o la súplica de los hijos en su defensa, logran detenerlo. La pérdida de control y la gran destructividad son los factores que diferencian esta fase de la anterior.

Las mujeres que han sido golpeadas sienten que nadie podrá protegerlas de la violencia de su compañero. Muchas acuden al médico sólo después de varios días y no dan aviso a la Policía porque piensan que será inútil.

Tercera Fase: calma y reconciliación.

Esta etapa se caracteriza porque el agresor muestra conductas de arrepentimiento y afecto a la pareja. Le pide perdón, promete no volver a golpearla y hace muchas cosas para demostrar su sinceridad, como dejar de beber, de ver otras mujeres, de visitar a su familia si esto es motivo de tensiones en la pareja.

Al inicio de esta fase es cuando el agresor acepta acudir a consulta con médicos o psicólogos y hará cualquier cosa para convencer a su mujer y a otras personas que pueden influenciar sobre ella, que la separación es una locura, que todo se arreglará con el tiempo, que él no tiene otra esperanza que su mujer, que los niños se enfermarán sin el padre, etc.

La realidad, sin embargo, es que pensar que todo se arreglará cediendo y que las cosas cambiarán por sí solas, como bajo un efecto mágico, no soluciona el problema y genera que el ciclo de la violencia se repita indefinidamente, atrapando a la mujer en un círculo vicioso de donde cada vez le será más difícil salir ya que irá perdiendo su autoestima, dignidad, respeto y consideración por sí misma, hasta que puede llegar a habituarse a su papel de víctima, estableciendo una relación de dependencia emocional adictiva con el agresor.

A pesar de toda la problemática existente, en nuestro país no es usual que se realicen en forma sistemática talleres o grupos de reflexión con mujeres para explorar los procesos internos que operan para que ellas permanezcan atrapadas en una relación de pareja teñida por la violencia. Es por ello que resulta significativa la iniciativa de DEMUS, para promover una experiencia de trabajo psicológico con un grupo de mujeres que acudieron a la institución en busca de apoyo legal por problemas de maltrato conyugal.

El trabajo realizado bajo la responsabilidad de la psicóloga Marisol Vega, es sumamente enriquecedor para quienes acogemos las demandas de ayuda de mujeres que, aunque diferentes en lo social, racial o educativo, tienen como elemento común el soportar indefinidamente una relación violenta. Son varios los aspectos valiosos de este trabajo; nosotros señalaremos tres.

En primer lugar, nos aproxima a la dimensión subjetiva/deseos, temores, impulsos, conflictos y defensas de las mujeres que viven la violencia como un hecho cotidiano. En psicología, por lo general, no se prioriza estos aspectos en las dinámicas de grupo con mujeres maltratadas, sino más bien se busca cambios de comportamiento observables en base a un perfil donde se detalla las conductas consideradas ideales, o se orientan hacia la modificación de creencias, actitudes o pensamientos erróneos desde un enfoque directivo, lo cual genera que las participantes se sientan presionadas a realizar acciones de las cuales no están plenamente convencidas y, en muchos casos, prefieren abandonar el grupo cuando sienten que no pueden controlar la tensión que les produce sus exigencias. En este sentido, la propuesta de Marisol Vega resulta innovadora al presentarnos un esquema diferente a los tradicionales, con los cuales no se han obtenido los objetivos esperados; y es también valiente, puesto que se expone a las críticas y objeciones de quienes creen que el único criterio de verdad está en el plano de las conductas objetivas.

En segundo lugar, el trabajo no se limita a describir la dinámica de la violencia, deteniéndose en la simple enumeración de hechos o repetición de una historia común, sino que nos permite hallar posibles respuestas a inquietudes que son motivo de preocupación y reflexión para quienes trabajamos con mujeres maltratadas, como: ¿qué factores generan que una mujer permanezca 10, 15 o 20 años con un hombre que la agrede?, ¿qué motivos la impulsaron, una vez roto el vínculo con el

agresor, a entablar una nueva relación con un hombre igualmente agresivo?, ¿por qué las mujeres fomentan de una u otra manera que se repita el mismo patrón dominación-agresión en sus hijos?

En tercer lugar, es importante resaltar el valor de las sugerencias que se desprenden de esta experiencia, y que son de suma utilidad para psicólogas (os), abogadas (os) y asistentes sociales que atienden esta problemática. Así también, nos proporciona directrices para continuar y perfeccionar el trabajo futuro.

Un acercamiento a la experiencia subjetiva de la violencia de pareja en mujeres

Marga Stahr*

En primer lugar, quiero agradecer a DEMUS su invitación a comentar el trabajo de Marisol, ya que me ha dado mucho gusto hacerlo, no sólo porque hemos sido por mucho tiempo compañeras de trabajo, compartiendo ideas y líneas de elaboración, sino porque este es un tema que siempre nos ha llevado a pensar, y porque su trabajo me ha parecido realmente muy importante.

El informe de Marisol es un valiosísimo esfuerzo de síntesis, muy trabajoso por cierto, por cuanto la experiencia constituye una aproximación compleja por su profundidad a vivencias y sentimientos de por sí también muy complejos. La selección que ha hecho de las sesiones resulta muy representativa y adecuada para presentar y motivar la discusión sobre los aspectos centrales del tema.

Yo quisiera ahora resaltar cuatro aspectos que podrían servir de ejes de discusión para este taller, pues permiten entender a las señoras participantes del grupo de trabajo de Marisol y también a nosotras, mujeres profesionales que nos involucramos con estos temas.

1.- El Enfoque de la Violencia en la Familia, en la Pareja. El Fenomeno del Poder y del Abuso.

El psicoanálisis y la teoría sistémica proponen un énfasis en la causalidad circular que ocurre en todo sistema interactivo.

Querámoslo o no, cada uno de nosotros está siempre participando en circuitos circulares de causación; por lo

Finalmente, consideramos que este trabajo afianza las relaciones interdisciplinarias en lo que respecta a alternativas de ayuda para mujeres víctimas de violencia conyugal y contribuye al desarrollo de técnicas y estrategias para lograr que ellas puedan darse cuenta que es posible una existencia libre del maltrato.

De otro lado, a quienes laboramos en el área nos anima a continuar transitando en este camino, a veces frustrante, otras veces gratificante, pero que estamos convencidas vale la pena.

tanto, el control lineal es imposible. G. Beteson dice al respecto: "Culpar a unos, a otros o a sí mismos es terriblemente arrogante. Nadie tiene el poder total sobre un sistema donde el individuo es una parte".

Pero esto nos plantea una dificultad enorme. No es fácil entender las cosas desde esta complejidad, menos aun fenómenos tan cargados como la violencia, el maltrato, el abuso de poder, cuyo impacto en nosotros nos inclina a pedir a gritos que se responsabilice a alguien. Resulta más fácil y tranquilizador un abordaje más lineal y directo. Quizás por eso hay, relativamente, un bajo porcentaje de trabajos sobre este tema desde el psicoanálisis y la teoría sistémica.

He tenido la oportunidad de colaborar en un proyecto de investigación de DEMUS cuyo objetivo era conocer a los agresores. Analizamos diez entrevistas con procesados y sentenciados por violación sexual. Una de las cosas más significativas que experimentamos en este trabajo fue el confrontarnos con nuestros propios prejuicios: estas personas no eran los monstruos que esperábamos y, para nuestra sorpresa, ellos se sentían víctimas y no ofensores.

La reacción humana más generalizada frente a los actos de violencia es la de centrarse en el ofensor exclusivamente, y solamente para condenarlo. Es decir, que esa actitud que vemos en las señoras con las que trabajó Marisol frente a sus parejas agresores, es una actitud comprensible, pero su generalización resulta nociva para el mejor tratamiento del problema cuando se ex-

* Psicóloga, ha trabajado en Psicoanálisis y Sociedad. En la actualidad está recibiendo formación como psicoanalista; también realiza un trabajo de Investigación con Demus sobre entrevistas a procesados y sentenciados en casos de violación sexual.

tiende a todos los ámbitos de la sociedad, a la justicia, los profesionales y el público en general.

La propuesta de, por ejemplo, comprender los motivos destructivos de los ofensores es entendida automáticamente como exculparlos y librarlos de responsabilidad. Desde sentimientos de identificación ocultos se promueve el tratamiento sólo para las víctimas buscando su bienestar, mientras que los agresores son percibidos como poseídos por "fuerzas malignas". Emocionalmente, cuesta convencerse de que las víctimas fácilmente pueden convertirse en perpetradoras, y que los agresores, a su vez, fueron seguramente víctimas de experiencias que terminaron perturbándolos. En este aspecto, se producen muchos prejuicios y escisiones. Las víctimas están privadas del beneficio de una comprensión más cabal, ya que por lo general se asume que carecen de todo sentimiento hostil o negativo. Entonces, no se les permite tampoco una expresión saludable de estos sentimientos, lo cual lleva fácilmente a respuestas de venganza.

Otro importante prejuicio es que son las mujeres las víctimas y los hombres los ofensores. Esta idealización que se hace de las mujeres, y sobre todo de las madres, contiene una contraparte muy denigratoria.

Hasta hace poco tiempo, países como Inglaterra carecían de una legislación sobre perversión femenina, lo cual reflejaba la negación total de la sociedad al respecto. La mujer aún sigue siendo vista de modo parcial, solamente como receptora de los designios perversos del hombre.

Ahora se conoce mucho más sobre la existencia de la perversión femenina, aunque se sabe que esta se expresa de un modo diferente que en el hombre. Las mujeres dirigen su agresión hacia adentro, hacia sí mismas, su cuerpo o hacia sus hijos (como extensiones suyas) mientras que los hombres buscan objetos externos para su perversión. En el material que Marisol ha recogido encontramos muchas expresiones de esta agresión corporalizada en las señoras, por ejemplo, en alusiones como "me arde el estómago de rabia", "me duele mi columna". La violencia de estas mujeres radica probablemente en ser objeto masoquista, pegado, indiferenciado de sus parejas, hasta un punto extremo en el cual se cambian los roles del conflicto y pasan a un papel más sádico.

Es importante tener en cuenta que la violencia en la pareja produce excitación, porque se fusiona fuertemente con el aspecto sexual y satisface motivos inconscientes que vienen de la historia de vida pasada de los individuos.

2.- La Compulsión a la Repetición, el Fenómeno de la Transformación y la Resistencia al Cambio.

Estos son conceptos centrales de la teoría y la metodología psicoanalítica y además fenómenos que motivaron la consulta desde DEMUS para un trabajo como este. DEMUS se encontraba en su labor de asistencia profesional ante mujeres que, a pesar de denunciar el maltrato de sus parejas, mostraban actitudes que interferían con una

solución al conflicto, es decir, se mostraban resistentes a un cambio definitivo y, más bien, sin percatarse de ello, hacían cosas que perpetuaban el tipo de vínculo.

La compulsión a la repetición es definida por el diccionario de psicoanálisis como el proceso inconsciente en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas con la impresión de tratarse de algo nuevo y actual.

En la segunda sesión, una señora hace una directa alusión a este fenómeno: "...estoy pagando por las lágrimas que hice derramar a mi padre...". Y otra dice: "...me doy cuenta que les hago pagar a mis hijos lo que mi esposo me hizo...".

Se observa, pues, que la compulsión inconsciente a repetir la violencia y el maltrato se da a través de la necesidad de castigo o de venganza.

3.- Mecanismos Psíquicos o Formas de Defenderse y Lidiar con estas Experiencias: la Escisión y la Proyección.

Me refiero aquí al mecanismo que separa lo bueno por un lado y lo malo por otro. Lo malo en el otro y allá lejos, lo bueno se queda conmigo aquí, para evitar dolor, para alejar conflictos.

Tener esto en cuenta es tanto más importante cuanto tenemos presente que interviene en la actitud frente a los problemas y su capacidad de solución en general.

Los mecanismos de escisión y proyección impiden la disposición para detectar y reconocer los problemas en uno (o en la relación o, por último, en la pareja) y, por lo tanto, plantear soluciones desde allí, desde lo real. Como implica más dolor y responsabilidad reconocer que el problema está en casa, la tendencia inclina a buscar el origen del mal allá afuera, echando mano a versiones mágicas. Esta actitud ante el problema aparece con mucha claridad en la primera sesión: "Mi esposo era bueno y me lo cambiaron", versión que muestra la ausencia de la idea de que existe un proceso de deterioro, donde pueden ser conocidas las razones internas en la relación o en cada una de las personas de la pareja.

Así, frente a la propuesta de Marisol de revisar y reflexionar sobre sus problemas, aparecen las resistencias, porque aquello que tan trabajosamente pusieron afuera se lo están proponiendo ahora como parte de ellas mismas, y eso obviamente las conflictúa.

4.- El Proceso de Diferenciación: central en el Desarrollo del Individuo.

Este es un logro del desarrollo psicológico personal y no siempre se alcanza, aunque se llegue a la vida adulta.

En nuestra sociedad, existen numerosas experiencias de socialización que no favorecen este proceso, por

ejemplo, la calidad de las experiencias de contacto y ausencia entre padres e hijos; las composiciones familiares confusas con dobles parejas, hijos no reconocidos legalmente, con convivencias hacinadas y pocas diferencias de numerosos miembros familiares; relaciones poco empáticas y respetuosas de la particularidad del otro, etc.

Todas estas experiencias se movilizan en las decisiones de separación o divorcio de las parejas.

En estas señoras, se incrementa enormemente la angustia de separación porque, cuanto menos se ha logrado una diferenciación del otro, la vivencia de separación no sólo tiene que ver con la pérdida de la pareja, sino con la pérdida del propio yo. Así, una separación moviliza temores existenciales.

En la segunda sesión, por ejemplo, las señoras dicen que sienten que pierden la memoria, el conocimiento, o que tuvieron que regresar con el marido porque casi pierden el teléfono y lo mismo ocurre, en mayor medida aun, con el sustento básico. Es la obvia angustia de pérdida de lo material, de lo económico, pero que conlleva paralelamente un profundo sentido subjetivo que tiene que ver con un yo frágil y dependiente. Se refieren también a la necesidad de poner tabiques de separación física para poder sobrellevar demandas muy simbióticas con sus parejas.

Considero que el papel que desempeña DEMUS al trabajar con estas mujeres tiene un valor de apoyo incal-

culable, precisamente por lo importante que es su abordaje en estos aspectos, y, por tanto, no debe perder de vista la promoción de la autonomía y la autoconciencia para asegurar una labor realmente preventiva.

La angustia de separación pone en funcionamiento mecanismos muy primitivos destinados justamente a ponerle fin. Hablamos, por ejemplo, de la tendencia a reducir las diferencias entre uno mismo y el otro, a neutralizar el deseo del otro, a la necesidad de meterse dentro del otro o a la necesidad de pegarse al otro.

En relación a este punto, es interesante también notar que los maridos agresores son en muchos casos personalidades adictivas, "dependientes" del alcohol o la cocaína e incontinentes (con dificultades para contener, para poner límites, fronteras autónomas).

En la tercera sesión, una señora cuenta que su marido se había apropiado de ella como si fuera parte de él, y ella se dejó. Otra señora cuenta que ella y sus hijos tenían que hacer todo lo que él pidiera, hasta dormir todos cuando él dormía.

Para terminar, citaré dos frases muy impresionantes de las señoras que condensan tan evidentemente estos mecanismos y conflictos de indiferenciación, de compulsión a la repetición y de autodestructividad, y que también, por otro lado, nos expresan su sufrimiento conmovedor: "Estuve a punto de vender mi riñón para que él pague una deuda", "Hay que guardar en una cajita el dolor y no abrirlo porque es tan grande y tanto que una se siente incapaz de manejarlo".

Lógica de una modalidad de relación amorosa

María Esther Hamann Galecio*

Quisiera comenzar haciendo un comentario acerca de cuán pertinente resulta usar el término "violencia", en vez de "agresión" o, peor, "agresividad", tratándose de la violencia doméstica.

"Violentar" quiere decir obligar, forzar. Hay "violencia" cuando existe una fuerza que se emplea contra el derecho o la ley. "Agresión", en cambio, significa acontecimiento, ataque; es un término más conductual y descriptivo.

"Violencia" indica que, más que de un ataque, de lo

que se trata es de ir contra la voluntad del otro, específicamente, contra su libertad. Pero, ¿de qué libertad hablamos? Antes que nada, de la libertad para desear que, aunque poca en realidad, es la que constituye al sujeto, lo hace existir para otro, podríamos decir. El término "agresividad", en cambio, no coloca sobre el tapete la presencia de este tercer elemento en juego, como sí lo consigue el de "violencia".

Con esto quiero decir que, en una situación de violencia entre los miembros de la pareja, no hay dos, sino, por lo menos, tres: cada uno de los participantes y aquella

* Psicoanalista, Directora de la Asociación Freudiana de Lima.

otra instancia que tiene que ver, precisamente, con lo que se violenta, se fuerza, y que, desde el psicoanálisis, no se trata sino del campo del deseo.

¿Por qué una mujer consentiría en ello? Es la pregunta que DEMUS se hace. El objetivo es el deseo del otro precisamente porque le es ajeno, responde Marisol Vega. El hombre quiere neutralizar el deseo del otro para abolir la diferencia, la especificidad.

Coincido con la interpretación de Marisol Vega, pero quisiera completarla. Se dice que, en una relación de dominio, el objetivo es neutralizar el deseo del otro, reducir la diferencia. Efectivamente, pero no sólo el que domina lo pretende, también el que lo consiente. Si el otro tiene ese poder, hay que habérselo delegado. ¿Por qué lo haría una mujer?

Dice Freud, en su artículo "Análisis Terminable e Interminable", que existen tres lugares imposibles. Estos tres lugares son el del maestro, el del analista y el del gobernante o el amo. Son imposibles porque, para ocuparlos, otro tiene que haber otorgado a cada uno de ellos la facultad de enseñar, de saber algo sobre su deseo o de gobernar sus propios actos. Es decir, ninguno de estos tres lugares (maestro, analista, amo) consiste en sí mismo sino que, más bien, son un efecto del valor que alguien atribuye a otro; del lugar, entonces, que le hace ocupar. Así, pues, el que ostenta un poder sobre otro, lo hace porque, de algún modo, le fue concedido.

En la elección amorosa, ¿por qué mecanismos puede suceder esto? Ocurre que la castración imaginaria del objeto es una de las condiciones de la elección de objeto en el hombre. Ante esta condición, una mujer puede decir: "Si él ama a las débiles, hagámonos las débiles". Una mujer se da, a veces, aires de masoquista para aparecer más femenina. De este modo, ella quiere ser la que él elija. Su "debilidad", su indefensión, son su atractivo.

En el extremo, un congelamiento de estos roles da lugar a la violencia.

En la situación de violencia de pareja, él la quiere débil, quiere verla débil. Esa es su condición. Ella sabe que él goza maltratándola y que, justamente por esta vía, es que puede sujetarlo en la medida en que, mal que bien, ella es la fuente de su goce. Al colocarse en la posición de objeto del goce del otro, ocupa, de un modo paradójico, el lugar de aquello con lo cual se goza y de lo que depende el goce.

A cambio, espera algún pago. Puede negociar con la culpa que produce y considera que, por lo que ofrece, debe recibir algún pago.

Los rituales de sacrificio son similares. Cada vez que se sacrifica algo, se espera que la divinidad recompense de algún modo esta pérdida. Cuanto mayor sea la pérdida, mayor deberá ser la recompensa. Así, se sacrifica algo por otra cosa.

La mujer quiere ser amada a cambio. Ya que el goce de él gira en torno a ella, a su contemplación pasiva, es capaz de aceptar los sacrificios que se le exigen para satisfacer esa pasión por ser amadas que caracteriza a las mujeres. No en vano el amor es tema de mujeres más que de hombres. Por este amor, ella obtura toda pregunta acerca de su propio deseo, un deseo que la haría preguntarse por lo que es, por lo que hace, por lo que ha elegido y, de repente, cambiar de vida. Ser la cosa con la que el otro goza y ser amada por ello.

Haciendo ostentación de su falta, de su carencia—"papel de mártir"—pretende sujetar a ese otro, haciéndole creer que depende en todo sentido de él. Sin él, no es nada ni nadie, se dice y se repite. De este modo, rechaza ella misma su libertad para emprender el camino de su deseo, aquella que, irremediablemente, la confronta con su falta, lo que en verdad no tiene y no puede ser plenamente satisfecho ni colmado por su pareja enteramente, haga lo que haga. Pero ella le exigirá a esa pareja hacerse cargo de aquello que le falta, que desea. Es mejor depositar la vida en los hombros del otro, en los hombros, que encararla.

Podríamos decir que todas las mujeres hemos sido educadas más o menos en ese sentido. A pesar de que cada vez hay más mujeres que trabajan, se realizan fuera del hogar, como se dice, cuando se trata de pagar los gastos del hogar, ¿cuántas de las mujeres "independientes" comparten esos gastos por igual con su esposo?, ¿no es acaso cierto que, muchas veces, ellas dejan a cargo del marido la responsabilidad mayor, "las obligaciones", mientras que ellas aportan "lo que su voluntad desea"?

En lo relatado por Marisol Vega puede observarse lo expuesto. Es llamativo cómo las mujeres con las que tuvo oportunidad de trabajar, según nos cuenta, le adjudican a los hombres un poder casi diabólico. Las mujeres que consienten en la sujeción hacen fuertes a sus esposos. Cuanto más fuerte y grande sea, más puedo esperar de él, más puede darme, parecen decirse. "Yo soy poca cosa, pero lo tengo a él", puede entenderse.

Esta sería una de las creencias que habría que cuestionar del relato que estas mujeres hacen de sus esposos, esa existencia de una fuerza mágica capaz de todo. Pero no para apelar a "las fuerzas de ellas" sino para abrir ese campo que, como decía, ha sido obturado entre ambos. El otro no es omnipotente; por tanto, no es posible delegarle la responsabilidad de la propia vida. Que el otro sea omnipotente quiere decir que puede satisfacerlo todo.

Al mismo tiempo, hay también otro mensaje que corre paralelo. Las mujeres también le murmuran a sus maridos: "Sin mí, no eres nada, dependes de mí, por eso no te vas cuando te echo". Ellas lo saben en el fondo; por eso, dependiendo de las circunstancias, pueden describir a sus esposos como "peleles" sometidos a la voluntad de otra mujer. Porque ella sabe que él, efectivamente, puede ser sujetado por una mujer.

La negociación de la culpa, y del goce, se palpa en esa

escena narrada por una señora que cuenta cómo su esposo la obliga a permanecer sentada mientras él bebe, canta, baila para ella y la martiriza quemándole el rostro. A través de su contemplación, de su mirada, ella le permite ser el falo, el único, casi Dios. Pero ella sabe que, después, él se arrepentirá, llorará, le pedirá perdón. Pagará su deuda de goce. Después de todo, a su vez, él sabe que ella podría envenenarlo, como la madre de él hizo con su padre, esa "buena señora" que es su suegra, según ella misma dice.

El relato de la "señora pituca" evidencia cómo ella pretendía sujetar al otro: "Quería casarse con una pituca como yo". O sea, parece decir: "Debía reconocerse como superior a él, debía someterse, amarme, en la medida en que yo encarnaba lo que él deseaba y yo tenía". No es de extrañar que, luego, él la chantajee con el dinero; "el dinero lo tengo yo", le hace saber el marido. Ella estaba dispuesta a todo siempre que él la amara, la reconociera superior, parece enunciar la señora.

Ser todo para él es la apuesta. Por eso, no es de extrañar que una de estas señoras maltratadas durante largo tiempo por su esposo se desmayara al verlo con otra mujer. Ella no lo puede soportar. "¿Cómo, no era así?", es lo que descubre. O sea que, hasta el momento ella lo creía. "Si no soy todo para él, qué va a ser de mí"; por eso se desmaya. También por eso no es tan extraño que, después de un prolongado período de violencia que la hizo decidir cambiar de domicilio, con el pretexto de "no perder el teléfono", según dice, halla retornado al hogar, a ese hogar donde continuamente él le implora que reanuden su relación y ella le responde todo el tiempo que no.

Ellas le piden a ellos que no deseen algo que las rebase, que no pase por ellas. Un deseo del otro que no pueda ser capturado por ellas las confronta con sus propios deseos, es decir, con aquello que falta. Se desea lo que falta.

La sesión en la que las señoras hablan acerca de cómo

es preferible "guardar el dolor en una cajita" parece aludir a ese atesoramiento del dolor que, justamente, les permite ser mártires silenciosas; alguien escuchará, las resarcirá. Si no es el esposo, podrían ser los padres: "Si hubiera hecho lo que mi padre me dijo...", "mi madre tenía razón". Es decir, ellos sí sabían lo que ellas eran, lo que ellas valían, las conocían, las amaban, sabían que los hombres que eligieron no las merecían. A veces, son los hijos los que deben pagar, porque ellos vieron cómo la madre se sacrificó, sufrió.

El sentimiento de inferioridad tiene una doble faz. Ese "siento que valgo menos que los demás, soy poca cosa", quiere decir también: "Los demás no me dan valor, no reconocen lo que valgo; no te percatas de que, en realidad, valgo más que tú".

Más que individualización, aislamiento, se trataría de reabrir la vía del deseo, de permitir que el sentido discorra, ya que allí hay un sentido congelado, una demanda que es casi una exigencia, para poder, como dirá Jacques Lacan, reencontrarse con los demás en un camino por cuyo rasero, después de todo, somos siempre diferentes; justamente, porque somos diferentes, puede agregarse. Lo que está planteado es, pues, renunciar a esa demanda imperiosa sobre otro, aunque ello sea vivido como si de enfrentarse a un vacío se tratara.

Por otra parte, es cierto que las mujeres que participaron en estas sesiones también ponen en evidencia que en lo social algo falla. Cuando apelan a un tercero – acuden a la comisaría, por ejemplo – este tercero en cuestión no aparece, no funciona como se espera, como debería, lo que corrobora la impresión de que no hay a quién acudir. Escuchan un silencio detrás de su grito. Esta es la peor soledad, el auténtico aislamiento. Aquí DEMUS puede lograr, por lo menos algunas veces, que se recupere la fe en el otro, en el mundo, podría decirse, para poder aventurarse en él y continuar la propia vida.

DEMUS

Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer

Jr. Caracas 2624, Jesús María

Teléfono: 4631236